

Vida cotidiana y praxis política: aproximación interpretativa a las luchas subalternas.

Fernando Munguía Galeana.

Cita:

Fernando Munguía Galeana (2007). *Vida cotidiana y praxis política: aproximación interpretativa a las luchas subalternas*. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1617>

Vida cotidiana y proyectos emancipatorios
Apuntes para una reconceptualización de lo cotidiano

Fernando Munguía Galeana *

La vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el centro [...] es la verdadera esencia de la sustancia social [...] Las grandes hazañas no cotidianas que se reseñan en los libros de historia arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella.

Ágnes Heller. Historia y vida cotidiana.

El problema inicial, y quizá también el más acusante, para acercarse al estudio de la vida cotidiana es el de su grandísima heterogeneidad. Efectivamente, en la vida cotidiana cabe todo; cualquier actividad práctica, emoción, hábito, los valores, las normas, las costumbres, la alienación, el conflicto, la dominación, la resistencia, etc. Para salvar esa diversidad de elementos, todos los cuales pueden ser objeto de estudio científico, es imprescindible hacer ciertos cortes temáticos y establecer jerarquías determinadas.

La relación que quiero poner en relieve es entre la vida cotidiana y los movimientos político-sociales; esos son los dos polos que quiero unir, es la relación que pretendo argumentar sustantivamente para mostrar otra faceta de la complejidad que está siempre presente en estas experiencias de acción colectiva. Partir desde este punto de observación permite tener más argumentos para entender cómo surge un movimiento, cómo se desarrolla y expresa en el tiempo y por qué logra tener una vida activa tan prolongada, lo cual no está en función exclusivamente de sus enfrentamientos directos con el Estado. Hacer este análisis enfocado a un caso específico es mucho más fructífero en tanto que las hipótesis pueden ser bien comprobadas. Aquí me limitaré a presentar solo algunas consideraciones generales.

I

Es preciso decir que además de la multiplicidad temática y problemática de la vida cotidiana a la que hacía alusión arriba el propio estudio de los movimientos sociales comprende también a una variedad ya casi innumerable de enfoques disciplinarios y teóricos, lo cual da cuenta de los muchos desafíos concretos a los que los investigadores se han tenido que enfrentar, por lo que proponer otra entrada parecería un ejercicio un tanto

* Pasante de la licenciatura en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

arriesgado aunque apropiado en tanto que las experiencias de los años recientes abren nuevos horizontes de posibilidades desde su praxis que no habían sido visibilizados antes desde la teoría. Sin embargo hay dos variables que arrojan luz a todo nuevo intento de conceptualización y que por tanto hay que tener en cuenta. Por un lado, los cambios estructurales en la economía mundial cuyos impactos regionales cada vez hacen más difusa a la vez que compleja la relación capital-trabajo; las formas de dominación capitalista han logrado desarticular en gran parte la capacidad de organización y por tanto las formas de acción subversiva del trabajador asalariado. En segundo lugar, y quizá como consecuencia de la determinación estructural anterior, las luchas se han movido, en parte, a otros ámbitos de interés, se han diversificado y con ello se han abierto a otros espacios y a otros bienes además del trabajo, a “bienes extraeconómicos” que sin embargo no “constituyen fuerzas sociales anticapitalistas”¹. Esto es lo que la literatura científica ha dado en llamar, desde la década de los ochentas, Nuevos Movimientos Sociales (NMSs). Lo cierto es que estas otras expresiones, que tuvieron sus primeros brotes en los países del capitalismo central, complejizan el contexto actual de la movilización político-social pero en definitiva no la agotan y menos aún en América Latina donde, como sabemos, los contenidos de las luchas emancipatorias siguen poniendo el énfasis de su crítica en los puntos medulares de la reproducción del sistema capitalista y en muchos de los casos buscan deliberadamente constituirse como fuerzas de transformación del sistema.

En este sentido las palabras de Bensaïd son atinadas cuando dice que: “hemos iniciado [...] el peligroso tránsito de una época a la otra y nos encontramos en medio del río, con el doble imperativo de no permitir la pérdida de la herencia y de estar dispuestos a recibir lo nuevo a inventar”²

Por otra parte, lo fundamental, y este es el punto nodal del que se desprende mi interés, es tener en cuenta que en las sociedades latinoamericanas, es decir periféricas, el *conflicto*, la *crisis social* es permanente, es “la regla”, aunque haya todavía quienes se empeñen en decir que es única y solo temporalmente “el estado de excepción”³.

De ahí que en nuestra región, antes que en otras, hayan surgido expresiones radicales de *politicidad popular*, expresiones que luchan por la posibilidad de crear y determinar sus propios ritmos de vida material y simbólica desafiando así al orden neoliberal. El EZLN, el MST, los piqueteros, los coccaleros, la CONAIE, los círculos

1 Ellen Meiksins Wood. Democracia contra capitalismo. Pág. 308.

2 Daniel Bensaïd. Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren. En Memoria, N° 190, diciembre de 2004. pp. 22-36.

3 Walter Benjamin. Tesis de filosofía de la historia

bolivarianos, los appistas, por mencionar solo a algunos, son ese tipo de movilizaciones que en principio comparten -aunque sus diferencias sean muchas más- esa capacidad deliberativa y creativa.

Por tanto es imprescindible volver a insistir en la importancia que tiene “la tradición de los oprimidos”⁴ para comprender sociológicamente la historia, porque es allí donde se han gestado desde siempre las potencialidades revolucionarias, porque “son las víctimas, cuando irrumpen en la historia, las que crean lo nuevo”⁵ y nuestro tiempo no es diferente en ese sentido.

II

Es justamente en este punto donde llamo la atención sobre la vida cotidiana y su relación con los movimientos político-sociales. A pesar de la heterogeneidad propia de la vida cotidiana que mencioné atrás me parece que es posible trazar ciertas líneas temáticas que unen procesos sociales de grandísima trascendencia y complejidad y que tienen en ese mismo espacio-temporalidad su sitio de apertura. Antes que nada hay que pensar teóricamente a la vida cotidiana no como un espacio-tiempo privado, exclusivo de la persona individual, sino como una dimensión de la vida social eminentemente pública, una dimensión que sólo existe como tal en tanto que es compartida con los “otros” y principalmente con un “nosotros”. La importancia fundamental de la vida cotidiana es justamente que permite la formación de la *comunidad*, de lo que es común, de ahí que enfatizamos la condición estructurante del mundo de la vida cotidiana en la formación del sujeto colectivo.

La primera línea que propongo es más de tipo metodológico, es decir, de cómo se plantea el acercamiento a la vida cotidiana. Ágnes Heller, socióloga marxista, apunta que:

“La vida cotidiana es la vida de todo hombre. La vive cada cual sin excepción alguna, cualquiera que sea el lugar que le asigne la división del trabajo intelectual y físico [...] En ella se ponen en obra todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas, ideologías”⁶

Lo que tenemos que hacer entonces es, por una parte, poner atención en las características estructurales, concretas de esos hombres para saber con cierto margen de precisión ese lugar que les es impuesto en la división del trabajo, y por otra, averiguar qué tipo de capacidades, sentimientos, pasiones, ideologías, etc., ponen en obra y con qué grado lo hacen. Debemos por tanto movernos entre una apreciación “materialista” y otra

4 Idem.

5 Enrique Dussel. *Ética de la liberación*. Pág. 495.

6 Ágnes Heller. *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. Pág. 39.

“subjetivista” de la vida cotidiana, que evidentemente no se excluyen en tanto que ambas son reales y porque la relación que las une es dialéctica y no lineal. Esto obliga a permanecer en una actitud crítica y alerta respecto de la experiencia concreta de los movimientos político-sociales y nos previene así de evitar determinismos abstractizantes del tipo de aquellos que quieren encontrar condiciones revolucionarias en todo lugar en el que existen relaciones objetivas de explotación y peor aún del tipo que niega toda posibilidad emancipatoria a pesar de que la explotación sea evidente. Además este método de interpretación propuesto nos permite acercarnos a “lo molecular” como “substrato de los acontecimientos”, a las tesis que muchas veces se escapan al análisis científico de los movimientos político-sociales y no quedarnos solamente con la figura terminada del fenómeno, “como si este producto terminado hubiese estado ahí, desde siempre, esperando a que alguien lo descubra”⁷.

Este primer punto implica ya un problema que no podemos abordar en profundidad aquí y que tiene que ver con analizar rigurosamente todos los cambios efectuados en las estructuras económicas y productivas de nuestras sociedades, específicamente los que tienen que ver con en el mundo del trabajo, a raíz de la reciente fase de la globalización capitalista.

Lo que sí es relevante tocar aquí, y esta es una segunda línea de trabajo que planteo, es la cuestión referente al sujeto que actualmente se moviliza. Conceptualizar al sujeto de la acción generalmente resulta útil para conocer sus definiciones estructurales y subjetivas, por lo que este problema no es menor.

Creo que hay cierto consenso, más allá de las distintas interpretaciones teóricas que se hagan, en que el movimiento obrero y sus organizaciones a nivel mundial han entrado en una suerte de repliegue táctico en la disputa pública del poder político.

No es desde luego dable derivar de ello que este movimiento está totalmente derrotado y mucho menos muerto. Es más, hay que reconocer que la capacidad antagonista actual se debe en buena medida a las condiciones de posibilidad generadas por aquél. La presencia del potencial emancipatorio del movimiento obrero pervive en muchas experiencias recientes, particularmente en las que tienen vínculos francos con la lucha por el trabajo y desde el trabajo y con los bienes que éste genera, como lo piqueteros en Argentina, como una especie de referente histórico que provee de un “acervo de

⁷ Raúl Prada Alcoreza. Los movimientos moleculares de la Multitud. Disponible en: www.herramienta.com.ar

conocimientos a mano” materiales y simbólicos que se reactualizan en función de las necesidades y de los objetivos actuales.

La cuestión a indagar es qué *forma de expresión* asume entonces el sujeto radical de los movimientos político-sociales contemporáneos. Las condiciones anteriores de dominación/emancipación nos habituaron a pensar, quizá acriticamente, en la “clase” como referente por excelencia de identificación, organización y lucha, también de hegemonía y control. Los discursos simplones que se apresuraron en decretar el “fin de la historia” querían deliberadamente negar, desde una postura triunfalista, las álgidas e irreconciliables contradicciones de clase imperantes en las sociedades, centrales y periféricas, y con ello legitimar, desde lo cotidiano como bastión de la normalización, desde la microfísica del poder, las nuevas y viejas relaciones de dominación.

El concepto es ante todo la tipicidad, reduccionista en ese sentido como todos los conceptos de las ciencias sociales, de los plebeyos, de los excluidos, de los marginales, de los oprimidos dentro y fuera de la esfera de la producción y de extracción de plusvalía, pero además, y esto lo hace radicalmente distinto de otros (como la sociedad civil en su acepción liberal o al de ciudadanía), descubre sus potencialidades críticas, transformadoras.

Ahora bien, el sujeto clásico de la “forma clase” era el obrero asalariado, si con ello entendemos al trabajador que vende su fuerza de trabajo como único medio de subsistencia, fabril, ubicado generalmente en los centros urbanos que luchaba contra otro sujeto, otra clase, con características propias y evidentemente contradictorias a las de aquél, por el poder total del Estado, porque éste representaba la cristalización histórica de los intereses de la clase hegemónica, porque este poder era “(es) solamente una comisión administradora de los negocios de toda la clase burguesa”⁸. Estas idealizaciones teóricas tenían un referente más preciso en los países industrializados pero como sabemos, en los países en los que el desarrollo industrial se impuso por la vía del colonialismo y el imperialismo las formas asumieron desde el principio una heterogeneidad mayor, esto es que, la fuerza de trabajo no estaba circunscrita ni única ni principalmente en el proletariado industrial y los dueños de los medios de producción no eran tampoco los burgueses de los centros urbanos. Conceptos como el de “colonialismo interno” y el “formación social abigarrada”, aún vigentes y elaborados desde la periferia, dan cuenta de esos procesos de dominación y sobre-posición de elementos económicos, sociales y culturales.

⁸ Karl Marx y Friedrich Engels. Manifiesto Comunista. Pág. 41.

Los movimientos actuales, por tanto, no pueden ser identificados únicamente con las características del movimiento obrero clásico pero definitivamente sí con la “forma clase” en tanto la sustentamos, le demos contenido con las energías y potencialidades emancipatorias que nos rodean. Si la “forma clase” es hermenéuticamente útil se debe a que la explotación persiste, aunque se haya difuminado, y porque la negación de los sujetos subalternos a ésta sigue *dándose* en la lucha contra ella, aunque sus formas se hayan diversificado también.

La “forma clase”, como tipicidad de los marginales, engloba actualmente a una diversidad de sujetos, todos los cuales, desde sus marcos de acción e interpretación en y del mundo, luchan al movilizarse por transformar las condiciones que niegan su libertad⁹.

La vida cotidiana cobra entonces una vitalidad renovada e inusitada, al volverse el punto en el que la dominación se hace más aguda y desde donde los sujetos se resisten y rebelan. La vida cotidiana, en el barrio, en la comunidad, en el municipio, ya no es solo el espacio/tiemporalidad de la “reificación” sino primordialmente de la “insubordinación”¹⁰; lo cotidiano –dice Boaventura de Sousa Santos- deja de ser una fase menor o un hábito descartable para pasar a ser el campo privilegiado de la lucha por un mundo y una vida mejores¹¹.

La vida cotidiana es una categoría estructural y en ese sentido estructurante. Al ser la “suprema realidad” se logra imponer a la “conciencia de forma masiva, urgente e intensa en el más alto grado”¹². Sin embargo es el mundo por excelencia de la intersubjetividad, de ahí que digamos que es imposible, o al menos resulta fragmentario, tratar de entender a los movimientos actuales sin prestar atención a la gestación de las subjetividades radicales que tienen como ámbito primero a la vida cotidiana.

La tercera línea que propongo va en este camino. Es de hecho una línea que tiene dos bifurcaciones problemáticas. Por un lado, hay que distinguir las nuevas territorialidades en las que se mueven estos movimientos; por otro, hay que consignar la intensidad, racional a la vez que emotiva, con que los sujetos crean nuevas formas de relacionalidad política.

La cuestión de la territorialidad tiene que ver aquí con espacios materiales que le dan sustento a las luchas, al sitio en el que se expresan y al valor simbólico que se alberga ahí.

9 Sobre más elementos de la “forma clase”: Sergio Tischler, La forma clase y los movimientos sociales en América Latina. En: Revista OSAL. Año V N° 13, enero-abril, 2004.

10 Véase: Sergio Tischler. Tiempo de reificación y tiempo de insubordinación. En: Memoria, tiempo y sujeto. pp. 151-174.

11 Boaventura de Sousa Santos. Los nuevos movimientos sociales. OSAL, Septiembre 2001. pp. 177-184

12 Berger y Luckmann. La construcción social de la realidad. Pág. 37.

Como decíamos arriba, si las características del movimiento obrero ya no comprenden a los movimientos antagonistas actuales, es dable afirmar que el espacio, en este caso el territorio, que le dio cabida haya sido también desbordado. Importa mucho que apreciemos las mutaciones en los sujetos provocadas por el trastocamiento en los espacios que habita. Entre otras cosas, porque cambian los referentes y los recursos inmediatos lo cual a su vez repercute en los procesos de más larga duración. “El arraigo territorial es el camino recorrido por los Sin Tierra, mediante la creación de infinidad de pequeños islotes autogestionados; por los indígenas ecuatorianos, que expandieron sus comunidades hasta reconstruir sus ancestrales "territorios étnicos" y por los indios chiapanecos que colonizaron la selva Lacandona”¹³

La territorialidad, por otra parte, se construye no solo se asimila. Es decir, hablamos de lugares materiales pero sabemos que estos pueden no representar mucho si no se teje en torno suyo una significatividad específica que los establece como parte de un identidad colectiva. Seguramente para los obreros industriales la fábrica era mucho más que el sitio de la extracción de plusvalía en parte porque ahí era dónde ésta se sentía como explotación que además se continuaba fuera de la fábrica. Igualmente hoy los “caracoles”, “los campamentos y los asentamientos” o “las fábricas recuperadas” se vuelven espacios de la prolongación societal y se incorporan como elementos imprescindibles de la vida cotidiana¹⁴. Porto Goncalves lo expresa así:

“Dentro del actual contexto de reorganización social, surgen nuevas formas de territorialidad redefiniendo la funcionalidad de las territorialidades heredadas, entre las que se encuentra el Estado nacional. De nuestra parte, creemos que las territorialidades son instituidas por sujetos sociales en situaciones históricamente determinadas que condicionan los caminos posibles (bifurcaciones) del devenir histórico”¹⁵

Las subjetividades de las que hablamos se materializan en discursos, demandas, formas organizativas y participativas, se definen o se aclaran en la lucha. Es en la lucha y no antes que podemos conocerlas y no porque no existan previamente, por ejemplo en forma de “infrapolítica” y de “discurso oculto”¹⁶, sino porque hasta ese momento despliegan su potencial crítico y hacen evidente su forma. Por tanto la trascendencia que asume la dimensión de lo político en ellas resulta particularmente reveladora de la

13 Raúl Zibechi. Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. OSAL, enero 2003.

14 Para una referencia rigurosa de la importancia de la territorialidad y las formas de lucha, específicamente en el caso argentino, véase: Maristella Svampa. La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo.

15 Carlos Walter Porto Goncalves. Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad. Págs. 81-82.

16 James C. Scott. Los dominados y el arte de la resistencia.

potencialidad emancipatoria a la que nos hemos referido antes, y de la noción de poder que se pone en juego frente y contra el Estado, según los casos.

Una interpretación sesgada de la política, pero hegemónica actualmente, es la que encierra a esta actividad dentro de los límites de las instituciones de representación formal. Según esta lectura las opciones de participación se reducen a los tiempos electorales en los cuales la “sociedad civil”, es decir, la sociedad no política hace un uso racional y funcional de sus libertades políticas, sin importar que estas libertades hayan sido conquistadas en luchas anteriores. Ateniéndonos a esa forma procedimental está claro que lo político no tendría nada que ver con lo cotidiano en tanto que serían ámbitos de acción muy distanciados.

Sin embargo, los movimientos político-sociales actuales muestran otra posibilidad de entender lo político. La política se ha vuelto cada vez más dentro de estas experiencias una praxis societal que integra y proyecta las necesidades colectivas. Es en estos casos cuando lo político se combina con lo cotidiano para obtener fuerza y sentido determinados. Lo político está presente en lo cotidiano de dos maneras, según Bolívar Echeverría:

“Primero de una manera real, es decir, en calidad de actividad especialmente política, que prolonga ese tiempo extraordinario y hace de él una permanencia paralela en medio del tiempo cotidiano [...] en un sentido, completa y en otro prepara la acción transformadora de la institucionalidad social, propia de las grandes ocasiones de inflexión histórica. Y segundo [...] Lo político se hace presente en el plano imaginario de la vida cotidiana bajo el modo de una ruptura igualmente radical, en unos casos difusa, en otros intermitente, del tipo de realidad que prevalece en la rutina básica de la cotidianidad”¹⁷

Este es, desde luego, un proceso que va a contracorriente porque la tendencia general de la sociedad moderna promueve un individualismo anárquico que insiste en separar a los sujetos de la toma de decisiones colectivas. Los discursos incluyentes, las prácticas asamblearias, la democracia participativa y las organizaciones horizontales, entre otros, han sido los mecanismos mediante los cuales estos movimientos encaran las adversidades a las que los enfrentan los sistemas políticos, las mismas que los contraponen con ellos.

Los movimientos caminan cada vez de la resistencia a la confrontación, de lo contestatario a lo constructivo, del “poder de veto” al poder instituyente. De cualquier manera me parece que es arriesgado afirmar que estamos ante el inicio de la refundación la política o de la democracia como sistema. Debe tenerse en cuenta que hay contradicciones al interior de los movimientos en este nivel político que no dejan de representar debilidades y riesgos, como pueden ser el sectarismo o la incapacidad para leer a tiempo las coyunturas y las inflexiones del sistema político.

¹⁷ Bolívar Echeverría. Valor de uso y utopía. Págs. 78-79.

Además, está claro que hay diversas apuestas que en algunos casos llevan a los movimientos a participar de la vida política institucional, ya sea convirtiéndose en partido ya sea formando un partido que funciona como instrumento, y en otros casos renuncian a la lógica partidista y buscan otro tipo de alianzas “desde abajo” lo cual implica procesos más lentos y sinuosos. En cualquiera de los dos casos se puede constatar que la capacidad de inclusión hacia otros sectores de la sociedad varía y por ende la acumulación de fuerza política y de construcción de poder son también distintas. El caso del movimiento popular en Bolivia y del EZLN en México me parecen ejemplos claros de esos dos casos.

Ahora bien, la territorialidad y la politicidad se conjugan de manera insólita en los movimientos político-sociales latinoamericanos en tanto que sus prácticas se perfilan cada vez más como capacidades autonomistas. En el caso de los movimientos que critican la legitimidad del Estado en alguna de sus funciones principales como la garantía al trabajo, a la vivienda, la salud o la educación, han tenido que asumir ellos mismos la responsabilidad de llevar adelante proyectos de desarrollo social participativo y construir redes de solidaridad que les permiten también buscar medios de crecimiento material. “Desde sus territorios, los nuevos actores enarbolan proyectos de largo aliento, entre los que destaca la capacidad de producir y reproducir la vida, a la vez que establecen alianzas con otras fracciones de los sectores populares y de las capas medias.”¹⁸

III

Hace ya varias décadas Henri Lefebvre, pensando en lo cotidiano, se hacía la siguiente pregunta:

“¿No constituirá una primera esfera de significado, un campo en el que se proyecta la actividad productiva (creadora) saliendo así al encuentro de nuevas creaciones?” y él mismo anticipaba una respuesta: “Sería más que eso y otra cosa: ni una dirección de caída, ni un bloqueo, ni un tope, sino un campo y un relevo simultáneamente, una etapa y un trampolín, un momento compuesto de momentos [...] interacción dialéctica que sería imposible no partir de ella para realizar lo posible (la totalidad de los posibles)”¹⁹

Lo que he argumentado hasta aquí va justo en ese sentido de reconocer en la vida cotidiana un “campo” o un “momento”, espacio/temporalidad he dicho antes en el cual pueden ser verificables muchas posibilidades de construcción social. La relación con los movimientos político-sociales que he propuesto, partiendo desde la evidencia empírica, me indica que esas posibilidades están tomando cada vez más la forma de realidad concreta.

¹⁸ Raúl Zibechi. Op. Cit.

¹⁹ Henri Lefebvre. La vida cotidiana en el mundo moderno. Pág. 23-24.

No pretendo hacer de la vida cotidiana una estructura universal que se sobrepone a otras determinándolas, sino pensarla como otra estructura que está en relación permanente con las demás combinándose y moviéndose junto a ellas.

Además de los grandes objetivos que se disputan en los enfrentamientos abiertos, como el trabajo, la salud, la vivienda, etc., y de los principios universales que les otorgan sentido, como la justicia, la libertad, la igualdad, no hay que olvidar que existen otros incentivos, otros detonantes que se mueven subterráneamente pero que nunca dejan de estar presentes en esos escenarios, Benjamin hablaba de “confianza”, “coraje”, “humor”, “denuedo”²⁰, porque están siempre desde lo cotidiano. Quizá esa es una de las lecciones que debemos corregir de cara a los problemas que tenemos por delante.

²⁰ Walter Benjamin. Op. Cit